



# Acerca de un discurso del método freudiano

SYLVIA DE CASTRO KORGI\*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Allouch, Jean. *Freud, y después Lacan*. Buenos Aires: Edelp, 1994. 136 páginas.

Versión original en francés: *Freud et puis Lacan*. Paris: EPEL, 1993.

El texto del que me ocuparé a continuación es un aporte al problema siempre actual de la articulación Freud-Lacan. Aporte de un psicoanalista, no de un epistemólogo, quien empieza por situar la legitimidad de la secuencia que da título a su trabajo: “Freud, después Lacan”, advirtiendo cómo esta secuencia no equivale a cualquier otra, “Freud-Melanie Klein” o “Freud-cualquier otro iniciador de escuela”, ni tampoco a la menos comprometedora “Freud y después los otros”, o incluso “... no más necesidad de Freud”, en cuyo caso el problema epistemológico específico para el psicoanálisis habría desaparecido, pues nos hallaríamos ante la versión del psicoanálisis como ciencia, esto es, sin necesidad alguna de referirse al fundador. Sin ser en absoluto equivalentes, las posibles secuencias comprometen, cada una a su manera, el problema epistemológico en cuestión, problema que es el del saber, tanto del psicoanálisis, como del psicoanalista, puesto que incluye el de su transmisión.

Ahora bien, ¿es lícito hablar del “problema epistemológico” del psicoanálisis? De la respuesta a esta pregunta Allouch se ocupa en la primera parte de su texto, señalando

que no va de suyo plantear el asunto cuando se trata del psicoanálisis, puesto que la epistemología misma, como disciplina, constituye un saber sobre otro saber, algo del orden del metalenguaje, difícilmente admisible en el marco de una posición que asume la inexistencia de un Otro del Otro...

Pero el asunto no se zanja tan fácilmente, pues en el interior del psicoanálisis se admite que hay, o debiera haber, una epistemología psicoanalítica, y esto a partir de la misma vocación científica de Freud. Sobre todo, ¿no interroga el psicoanálisis, más que ningún otro sector del saber, su estatuto como saber? Aunque el psicoanálisis no es una disciplina que haya establecido su objeto, su método, sus instituciones, su paradigma, el dispositivo de formación de sus integrantes y los procedimientos de admisión o de rechazo de los nuevos enunciados al modo de lo que Thomas Kuhn<sup>1</sup> llamaría “ciencia normal”, es un hecho que no sólo construye saber, sino que la especificidad de su saber exige, si no decidir acerca del problema epistemológico, al menos plantearlo convenientemente.

De esta especificidad del saber habría que mencionar que la invención del saber en psicoanálisis corre en paralelo con la caducidad de ese mismo saber, si nos atenemos a la evidencia clínica, harto paradójica, de que “el sujeto se esfuma [...] cuando adviene al lugar de ese otro significante donde

\* e-mail: sylviadecastro@gmail.com

1. T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas. La tensión esencial* (México: Fondo de Cultura Económica, 1971).

el saber es producido como sabido”<sup>2</sup>. Así, pues, no hay aquí consideración del saber por fuera del sujeto que conviene a ese saber, saber que es, por demás, “no sabido” —según la más sencilla definición del inconsciente por Freud— y que no va sin un “creer saber”, que tendría que ser reducido. Como si fuera poco, agreguemos que de este saber no podría pretenderse una totalización más que al precio de traicionar el límite al saber que Freud nombró sucesivamente como “núcleo patógeno” —cuando del trauma causal del síntoma histérico se trataba— y “ombligo del sueño” —para señalar lo incognoscible del deseo que busca su realización alucinatoria—, antes de constatar el carácter estructural de la represión y la compulsión de repetición, que echó por tierra el anhelado “devenir consciente de lo inconsciente”. Y bien, el saber del psicoanálisis tiene que ver con este *real* del no saber, que exige que el psicoanalista en la cura se sitúe en posición de “no saber eso que no se sabe”<sup>3</sup>, lo que diferencia su tarea de la del especialista.

El trabajo de Allouch se ocupa entonces del estatuto del saber en psicoanálisis, que constituye, según dice explícitamente, “el problema” que Freud dejó planteado. Es la importancia que Jacques Lacan concedió a este asunto lo que justifica la secuencia Freud-Lacan, interrogada al comienzo. Y lo que hace al punto nodal de esta secuencia así legitimada es la hipótesis según la cual Lacan aportó al psicoanálisis un paradigma: Imaginario-Simbólico-Real, el famoso ternario lacaniano postulado en 1953, que se reconoce como paradigma retroactivamente, en el momento de la postulación del nudo borromeo RSI, al final de su enseñanza. Un paradigma anómalo —si se pretende medirlo con la vara de Kuhn—, pero un paradigma al fin, que desplaza las cuestiones freudianas, en particular la concepción binaria que subyace al planteamiento del inconsciente inventado por Freud.

2. Allouch, 16.

3. *Ibíd.*, 18.

Este binarismo freudiano remite directamente al razonamiento abductivo que permitió a Freud construir su hipótesis de partida, según la cual una serie de fenómenos psíquicos observados —síntomas, sueños, actos fallidos— pierden su carácter extraño al descubrirse que todos ellos dependen de los mismos mecanismos<sup>4</sup>. Fue esto lo que Freud nombró *inconsciente*, una hipótesis cuya capacidad explicativa encuentra su potencia en la distinción de los procesos primarios: condensación y desplazamiento. Pero el inconsciente freudiano requiere para su formulación de la idea de un conflicto, por cuanto los fenómenos que pretende “reducir” muestran la oposición a la realización del deseo y la solución de compromiso que se ven obligados a pactar, por así decir.

No habría que esperar al Freud de *La escisión del yo en el proceso defensivo* —escrito en 1938!— para deducir de la idea del conflicto otra más crucial: la de la división... Pero Allouch se pregunta de qué división se trata cuando esta no es la del sujeto, ausente en Freud. Que lo dividido sea el aparato psíquico o la *personalidad* y, más allá, el yo, no cambia en nada el hecho de que el binarismo se le impone a Freud de manera esencial. Ciertamente, una lógica dualista impregna todas las concepciones de Freud. Así, decide tanto la separación entre los dos sistemas psíquicos —Inconsciente/Preconsciente-Consciente—, como la distinción de las pulsiones —pulsiones sexuales/funciones del yo primero, y luego Eros/Tánatos—. Y no solo marca las dos formulaciones centrales del edificio conceptual psicoanalítico, el inconsciente y la pulsión, sino que se manifiesta, por ejemplo, en la oposición que Freud destaca en sus primeras elaboraciones, cuando percepción, por un lado, y memoria, por el otro, señalan el punto de partida de lo que será la “realidad psíquica”.

4. Recordemos con Allouch que “abductivo” es el tipo de razonamiento — nombrado así por Charles Sanders Peirce— en el que lo decisivo es una hipótesis que explica un conjunto de fenómenos observados reduciendo su extrañeza mediante la construcción de una ley de funcionamiento.

Esto, que no pasaría de ser una constatación, se convierte en encrucijada cuando Allouch sostiene que el binarismo de Freud será sustituido por Lacan gracias a la introducción del ternario RSI, lo que equivale a una suerte de desplazamiento del paradigma freudiano, si lo hubiera, por el paradigma lacaniano, el cual solo es posible reconocer en el a posteriori de su formulación. Tratándose de un desplazamiento, es decir, de una sustitución metonímica y no metafórica, Allouch se encarga de precisar que Lacan no funda el psicoanálisis, fundación que, de manera indiscutible y reconocida por todos los que se dicen psicoanalistas independientemente de sus filiaciones de escuela, se le debe a Freud. Pero tampoco la invención lacaniana lo “refunde”, en el sentido de la tentativa de empalmar Freud con Lacan, pues lo “lacaniano” no es freudiano, aunque Lacan fuera freudiano. No hay, entonces, freudo-lacanismo que se sostenga.

En la presentación que hace el autor para mostrar el desplazamiento de un paradigma por otro, el reemplazo del binarismo freudiano por la introducción de los tres registros por Lacan hace el meollo de la cuestión. Dice Allouch que el campo de vecindad que permite la sustitución metonímica en juego lo constituye aquello que Freud entrevió como “psicosis narcisística” y que Lacan desarrolló en un principio como “el campo paranoico de las psicosis”. Se trata, entonces, de la problemática del narcisismo. Pero lo que cuenta en el desplazamiento no es propiamente “una teoría del narcisismo por otra”, sino el hecho de que, en un segundo tiempo, entrevistas las dificultades propuestas por la noción misma de narcisismo, la teorización debida a Lacan lo conduce a delimitar la dimensión de lo imaginario como tal, irreductible a lo simbólico y a lo real.

Ahora bien, Allouch explica que el desplazamiento paradigmático no se soporta en una sustitución de una teoría por otra porque no hay, en Freud, un elemento de doctrina que adquiera el valor de paradigma. Así, pues, el binarismo freudiano no tiene carácter paradigmático: además de sus

dificultades implícitas<sup>5</sup>, al sostenerse en una lógica dualista, el binarismo impide concluir fácilmente acerca del objeto de la disciplina inventada por Freud. De este modo, allí donde una rápida mirada “epistemológica” diría que el objeto del psicoanálisis es el inconsciente, la idea de conflicto que le subyace diluye su especificidad al punto de hacer impropio su elevación al rango de elemento doctrinario.

Lo que resulta indispensable concluir hasta el momento es que, si lo hubiera, el paradigma freudiano no está dado por el inconsciente, y que otra cosa viene al lugar de lo que aporta al psicoanálisis el estatuto de una invención “disciplinaria”.

La propuesta de Allouch consiste en situar el caso como aquello que hace paradigma en Freud: Dora, el hombre de las ratas, etc., pero, también, la inyección a Irma, Signorelli, *millionario*... Es ahí, en el trayecto mismo que se abre gracias al abordaje que le imprime al caso, donde Freud se separa radicalmente del discurso médico y descubre un *camino* que le permite inventar el psicoanálisis. Lo que es un hecho decisivo es que el método —cuya lección fue sin lugar a dudas aportada por la histérica— gana en primacía con respecto a la doctrina.

5. Este binarismo, si bien para Freud es una exigencia doctrinaria, es de hecho insostenible: Freud mismo no dejó de señalar siempre la presencia de un tercer término que pone en apuros, por así decir, la comodidad de la oposición planteada. Así, 1) las neuronas  $\omega$  se introducen aportando la cualidad en el decurso de las cantidades de excitación tramitada por el par neuronal  $\Phi$  y  $\psi$ ; 2) el preconscious no solo establece oposición con respecto al inconsciente sino otra, secundaria, en relación con la conciencia; 3) la distinción entre pulsión sexual y función del yo escapa a una simple oposición cuando se considera que lo irreductible de la pulsión parcial no es absorbido por ninguno de los dos términos; 4) solo el paso obligado por el narcisismo logra dar cuenta de la oposición entre el autoerotismo y el amor de objeto; 5) la separación entre el amor y el odio encuentra un doble tropiezo, dada su articulación con la pulsión y con el yo...

En este examen que Allouch hace del asunto, la cuestión del método salta al primer lugar, puesto que el abordaje que Freud hace del caso está determinado por el método que lo orienta. “*El discurso de Sigmund Freud fue el de un método promovido por él. Así formulado, hay algo que merece considerarse como un acontecimiento*”<sup>6</sup>. ¿Cómo no anotar que de ese acontecimiento dos momentos “originales” pueden aislarse? En la *Psicoterapia de la histeria* Freud muestra su camino [oudos] como siendo el de un nuevo método [meta = llevar a otra parte], que viene a recibir su nombre en *La interpretación de los sueños*, como método de interpretación. Freud recoge el encuentro entre estos dos momentos constitutivos cuando sostiene que el “trabajo de interpretación” opera sobre el material constituido por el discurso del sujeto sometido a la regla fundamental, para concluir que “este es, en general, el camino para llevar a la conciencia elementos de representación que se esconden”<sup>7</sup>.

Ahora bien, si siguiéramos una a una las observaciones que Allouch destaca con respecto a los aspectos cruciales del método freudiano, atenderíamos, 1) a la relación entre método y técnica, para no despreciar la segunda, pero al precio de no reducir la distancia irreductible entre las dos, lo que hace posible la innovación técnica manteniendo la práctica anclada en el mismo método; 2) a la relación entre el método freudiano y el campo freudiano, lo que permite definir la práctica psicoanalítica como una, así las diferencias de escuelas conduzcan al desacuerdo y, en últimas, a la escisión; 3) a otra versión de la relación entre el método y el campo, pues Freud no limita la palabra método a su invención, sino que la amplía al fenómeno al que se aplica: para decirlo en los términos que a él le gustaba citar, “hay método en la locura”<sup>8</sup>; 4) a la dificultad con la que Freud se encontró para

6. *Ibíd.*, 39. Las cursivas son mías.

7. Sigmund Freud, “*Psicopatología de la vida cotidiana*”, en *Obras completas*, VI (Buenos Aires: Amorrortu, 1980), 17.

8. Alusión a *Hamlet*, acto III, escena 2.

entregarnos un *Tratado general del método psicoanalítico* como resultado de un proyecto que había concebido; 5) a la paradoja que consiste en separar, por un lado, el método que derivamos de la experiencia inaugural del inventor, por lo tanto paradigmática— y, por otro lado, la puesta en práctica del método por los practicantes del análisis, exigidos de abordar cada caso como si fuera el primero a fin de que cada psicoanálisis sea efectivamente un psicoanálisis...

Podría continuar por esta vía para ilustrar al lector sobre los múltiples asuntos en los que Allouch se detiene y que hacen de la cuestión del método en psicoanálisis un asunto tan ineludible como complejo, en buena medida porque no se limita a un interés “epistemológico”. Pero quizás valga la pena señalar la particularidad del estudio de Allouch más allá del tratamiento de las características del método formulado por Freud y los “problemas metodológicos” que le atañen. En efecto, Allouch da por sentada la existencia de un *discurso del método en Freud*, pero, acto seguido, observa, no sin asombro, que la creación de este nuevo método por Freud hace palpable un recorrido que es el mismo en virtud del cual se constituyó, desde Platón y hasta Descartes, pasando por Maquiavelo y por Montaigne, un *discurso del método* y su consecuente puesta en práctica.

Deslizándose así del discurso del método en Freud hacia el valor del aporte freudiano a la elaboración de un *discurso del método* en la historia del pensamiento, el autor rinde un homenaje a Freud, afirmando que “el discurso del método freudiano merece ser reconocido como tal”<sup>9</sup>. En esta línea, Allouch atiende en primer lugar al carácter metodológico del discurso freudiano, cuya radicalidad reitera el gesto que fue constitutivo de la emergencia de un discurso explícito *sobre y del* método. Esta emergencia es presentada desde la perspectiva de una exclusión, nada menos que del azar, la fortuna o la providencia, exclusión con respecto a la cual el determinismo inconsciente acordado por Freud a las

9. Allouch, 47.

“expresiones psíquicas” es el sello de su aparición en esta escena del mundo. Desde ese momento, esta escena tendrá que vérselas con “el otro escenario”.

El carácter metodológico del discurso freudiano, puesto que sitúa el caso en un lugar central, hace del caso el lugar elegido para el debate teórico y como fuente de enseñanza. Este estatuto del caso le es esencial al descubrimiento freudiano. Y semejante valoración del caso, que es la de la singularidad, implica al menos dos cosas. Por una parte, la distancia con respecto al saber sabido, pues de lo contrario no habría ninguna lección por recibir del caso —ni, agreguemos, la posibilidad de derivar un saber que proceda por la vía de la interrogación del saber acumulado—. Por otra parte, el reconocimiento de que el caso, siendo el soporte de la enseñanza, es a su vez el soporte de una verdad escondida, a descifrar. En esto el autor señala la convergencia metodológica entre Freud y Maquiavelo, en la línea que Descartes tendrá que culminar.

A partir de Descartes el asunto esencial que se plantea es el de la formalización, en respuesta a la exigencia científica —sobre la que Freud no cederá— de hacer de los casos individuales algo más que una pura diversidad de la que ninguna enseñanza podría ser extraída. Entendemos la importancia del asunto si pensamos en el hecho de que la preocupación por formalizar y el horizonte de cientificidad en el que esta formalización se inscribe son los componentes esenciales del método. Es aquí donde Allouch destaca la *necesidad* de la secuencia Freud-Lacan, apuntando que la invención freudiana, es decir, la invención de un método de acogida, de tratamiento y de investigación de las “enfermedades del alma”, hizo del caso el paradigma, en detrimento del “formalismo correspondiente”.

La insistencia freudiana en la singularidad del caso, el arraigo en la literalidad de lo que el caso le presenta, sobre todo cuando se trata de aquello que asoma como síntoma, y la particular acogida del síntoma como orientación destacan “en acto” el método freudiano. De este método, el paradigma es el caso. Su corolario es el relato del caso, relato novelado del que Freud acusaba la diferencia con el informe científico. La idea de Allouch es que si bien el caso delimita el campo de aplicación del método —el “campo freudiano”—, no da sin embargo espacio para la introducción de un paradigma en el método, lo cual constituye una dificultad en lo que concierne a la formalización.

Allouch prosigue su texto desarrollando la hipótesis según la cual la figura ordenadora del método científico es el sujeto, el sujeto cartesiano de la duda, sujeto que en la trayectoria histórica del discurso del método —que es la de la “sujetivación del método”— comienza con el “yo” de Montaigne. Y muestra cómo Freud no habría podido desplegar el discurso de su método hasta encontrarse con Descartes, no tanto por la ausencia en él de una teoría del sujeto, lo cual es ciertamente verificable, sino sobre todo por un extravío en la teorización del yo. Así se entiende que su propuesta del relevo de Freud por Lacan en este punto específico sea, no la sustitución de una teoría del yo por otra, sino la introducción de un paradigma que liga de manera borromea RSI, con lo cual Lacan desembocó en un abordaje inédito del sujeto. El aporte de Lacan, que el lector tendrá la oportunidad de seguir detalladamente en la continuación del texto de Allouch, habrá sido el de “constituir” el discurso del método freudiano, discurso que se compone de la prolongación de Freud por Lacan.

